

***De vuelta del frente***  
**León Trotsky**  
**Fines de diciembre de 1912**

(Versión al castellano desde “Retour du front”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 199-201. “Artículo sin indicación de lugar ni de fecha de publicación en la edición rusa de 1926. N. E.”; nosotros lo datamos a fines de diciembre de 1912 en función de su contenido.)

Llegué a Sofía el 5 de octubre, el día en que se declaró la guerra. Era un espléndido día de otoño veraniego. Parecía que la guerra era todo canciones, gritos patrióticos y flores en las armas.

Cuando abandoné Sofía el 26 de noviembre, la crueldad de la guerra ya había dejado su huella. Sesenta y siete mil muertos y heridos, quince mil enfermos (antes de la batalla de Çatalca): eso es lo que había calculado el doctor Merval, representante de la Cruz Roja Internacional. Otros veinte mil soldados cayeron en el frente de Çatalca. En total, ciento dos mil hombres quedaron fuera de combate, un tercio de los soldados del país. Se puede decir y escribir mucho sobre estas cifras, pero lo que realmente significan es extremadamente grave. Si pusiéramos a todos los soldados muertos y lisiados en una sola línea, cubriríamos una distancia de al menos quinientas verstas, con el primer soldado muerto por una bala máuser en la cabeza, tendido en la estación de San Nicolás de San Petersburgo, y las piernas deformadas por las convulsiones del cólera del último soldado, tendido en las escaleras de la estación de San Nicolás de Moscú. Y eso no es todo. Haciendo caso omiso de las leyes de armisticio, el tifus y el cólera siguieron haciendo de las suyas en el frente de Çatalca.

Los servicios sanitarios del ejército búlgaro, y sobre todo sus servicios de abastecimiento, estaban realmente mal organizados. Tras tomar Kirklareli con extrema facilidad, Radko Dmitriev pensó que podía continuar su campaña con el impacto de una carga de caballería. Pero descuidó la necesaria coordinación entre la ofensiva del ejército y el movimiento de las columnas de abastecimiento. La comida y la ropa no seguían el ritmo del avance y acababan invariablemente en el lugar equivocado. Los médicos eran escasos, por la sencilla razón de que los búlgaros no permitían la entrada de extranjeros en las posiciones avanzadas. Había demasiadas cosas que ocultarles. En cuanto un soldado quedaba fuera de combate, dejaba de existir para el mando. El personal médico se reclutaba entre los miembros más ignorantes, inútiles e incapaces de la población. Tras los enfrentamientos iniciales, muchos de ellos se habían convertido en simples saqueadores. Durante los combates, se mantenían bien lejos de la línea de fuego; dejaban a los soldados heridos en el agua y el barro durante horas (llovía todo el tiempo), antes de llevarlos a los puestos de socorro. En cuanto callaban los cañones, los camilleros se lanzaban al campo de batalla para robar todo lo que caía en sus manos. Ignorando las quejas y los gritos de socorro de los heridos, se lanzaban a por los muertos, arrancándoles las botas, vaciándoles los bolsillos y rasgándoles la ropa. He oído historias terribles sobre esto. Estos hombres eran capaces de apartar de una patada las manos tendidas de los heridos, que suplicaban un poco de agua de sus labios resecos.

En un hospital de Sofía, un soldado me habló de un camillero al que conocía bien, un hombre de su pueblo. Había abierto la chaqueta de un herido con tanta brutalidad que los botones saltaron. Estaba rebuscando en los bolsillos cuando el herido soltó una queja. “Creía que estabas muerto”, murmuró el chacal mientras huía. Ni siquiera necesito

describir el trato que recibieron los turcos heridos. Apuñalar y mutilar se convirtió en un auténtico deporte. Uno de los miembros del personal médico contó cómo uno de sus colegas, al terminar los combates, se dirigió al campo de batalla armado con un bisturí y, sin prisa y con placer, remató a un herido tras otro. “Hoy me he ocupado de ocho”, dijo a su regreso.

Al principio de la guerra, el estado mayor búlgaro afirmaba repetidamente en sus boletines que los turcos en retirada abandonaban a su suerte a los heridos, lo que obligó a la Cruz Roja a hacerse cargo de ellos. En Knjaševo, cerca de Sofía, varios centenares de turcos heridos fueron asistidos por un destacamento de la Media Luna Roja británica. Pero aparte de este pequeño oasis que servía de frente, ¿qué había sido de los otros miles de heridos turcos, de cuya existencia Europa se había enterado precisamente por los boletines del estado mayor búlgaro? Habían sido víctimas de las medidas para “acelerar el transporte”. No se puede descartar que haya algo de verdad en los informes de los boletines oficiales búlgaros según los cuales los heridos turcos a menudo intentaban matar a los camilleros búlgaros que se inclinaban sobre ellos. La razón de esta *atrocidad* turca era la determinación de los heridos a defenderse de los bisturíes que se alzaban sobre ellos para despacharlos al más allá.

El desorden de los servicios en la retaguardia provocó terribles sufrimientos entre los heridos búlgaros, como ya he mencionado. Podían pasar cuatro, cinco o incluso más días antes de que sus heridas fueran vendadas. En los peores casos, incluso aparecían la miseria. Mientras tanto, sin nada que hacer, los médicos extranjeros paseaban por las calles de Sofía, pasando de un café a otro. Los recién llegados eran recibidos por las palabras del Dr. Molov, jefe de la Cruz Roja búlgara: “Tenemos suficientes médicos en el frente”. A algunos heridos les ocurrió que permanecieron tres días enteros en un tren sin tener nada que comer, ni siquiera un mendrugo de pan.

Un miembro instruido de la milicia territorial, que pertenecía a las unidades que custodiaban la línea férrea cerca de Jambol, me habló de cientos de heridos que se habían quedado sin comer durante tres días y tres noches. A falta de algo mejor, habían comido trigo verde, apenas cocido: la mayoría había muerto con terribles dolores de estómago. Recientemente, historias similares han corrido de boca en boca en Sofía. En el frente de Çatalca, entre veinticinco y treinta hombres morían de cólera cada día. Mientras los diplomáticos se reúnen en Londres para evaluar la cantidad de sangre derramada y el grado de vergüenza de esta guerra, el ejército búlgaro permanece en el frente de Çatalca en compañía del tifus, la disentería, el reumatismo, el cólera y los piojos.

- Los piojos son un verdadero azote, me dijo un intelectual búlgaro, voluntario que había regresado a Sofía por enfermedad. Es probablemente el peor azote de la guerra. Durante semanas no nos lavábamos, no nos cambiábamos de ropa interior y dormíamos con los abrigos y las botas puestos. Nos habíamos convertido en criaturas pútridas y apestosas. Los piojos atacaban cada parte de nuestros cuerpos. Era una plaga, una verdadera plaga. Nos estábamos pudriendo en el sitio. Mientras caminábamos o estábamos bajo fuego enemigo, no prestábamos atención. Pero las noches eran insoportables.

- Recuerdo una en particular. Llevaba dos días y dos noches sin cerrar los ojos. Avanzábamos rápidamente porque había alertas incluso por la noche. La tercera noche pudimos descansar. Éramos veinticinco estirados en una isba abandonada. Estábamos indescriptiblemente cansados: cada centímetro de nuestros cuerpos clamaba por el descanso. Apenas calentados, nos tumbamos con la ropa sucia. Y los piojos se despertaron. ¡Qué tormento, señores, qué tormento! Ya no te perteneces a ti mismo, sino a ellos. Te atacan todos a la vez... Reconozco que lloré como un niño por la falta de sueño, la vergüenza, la humillación y el resentimiento. No tienen derecho a tratar así a un

hombre, al cuerpo de un hombre; no es posible: ¡es despreciable! Si los diplomáticos internacionales, que se bañan perfumados todos los días, hubieran pasado tres días, sólo tres días, con ropas andrajosas, húmedas y mugrientas, ¡qué lección tan saludable habría sido para ellos!

Edicions Internacionals Sedov  
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)